

EL SENTIMIENTO Y LA RAZÓN. LA CRÍTICA DE SCHILLER A LA MORAL KANTIANA

Luis Aarón González Hernández

lagonher@hotmail.es
Universidad de La Laguna

RESUMEN

Este artículo tiene como objetivo principal exponer los planteamientos morales que Schiller desarrolla en *Sobre la gracia y la dignidad* y que conducen a una importante crítica de algunas concepciones fundamentales de la ética kantiana. La publicación de esta obra propició un debate con Kant que se caracterizó por la enorme convicción con que ambos filósofos defendieron sus propias posiciones y que se prolonga hasta nuestros días. Se dará cuenta asimismo de las distintas fases por las que pasó el debate, y se reivindicará el valor de la obra teórica de Schiller.

PALABRAS CLAVE: Gracia, deber, alma bella, sensibilidad, razón, inclinación, ley moral.

ABSTRACT

«Feeling and reason. Schiller's critique of Kant's». The aim of this article is to describe the moral arguments that Schiller develops in *On Grace and Dignity*, which lead to an important critique on some basic conceptions of Kant's Ethic. The publication of this book initiated a debate with Kant, which was characterized by the strong conviction with which both philosophers defended their positions and which is still ongoing. The current article will explain the different phases of this debate and will vindicate the value of Schiller's theoretical work.

KEY WORDS: Grace, duty, beautiful soul, sensibility, reason, inclination, moral law.

«Si la razón hace al hombre, es el sentimiento el que le guía».
ROUSSEAU

El 3 de enero de 1791, en medio de un concierto organizado en Erfurt con motivo del cumpleaños del príncipe elector de Maguncia, Schiller sufrió una repentina crisis. Cayó desmayado al suelo en medio de fuertes convulsiones y tuvo que ser trasladado en camilla hasta el lugar donde se alojaba. Una neumonía comenzaba a desarrollarse en él de manera imparable, y éste era el primero de los repetidos ataques que sufriría durante el resto de su vida. «Generalmente he de pagar [...] un

día de ánimo feliz con cinco o seis días de opresión y sufrimiento»¹, escribía Schiller en diciembre de ese mismo año.

Recuperado de los peores dolores que lo mantenían postrado, Schiller pudo comprobar su delicado estado de salud. Inmediatamente se volcó en la culminación de sus proyectos más importantes, porque sabía que le quedaba poco tiempo de vida. Goethe contaba una anécdota al respecto en sus conversaciones con Eckermann:

Schiller nunca bebió mucho; era muy moderado. Sin embargo, en tales instantes de debilidad corporal trataba de aumentar sus fuerzas con un poco de licor o algún espirituoso similar, pero eso dañaba su salud y también perjudicaba mucho sus propias producciones. Yo haría derivar de esta causa todo lo que las mentes más juiciosas critican de sus obras. Todos los pasajes que, según dicen, no son precisos, yo los llamaría, pasajes patológicos, en la medida en que Schiller los escribió precisamente por esos días en que le fallaban las fuerzas necesarias para dar con los motivos adecuados y verdaderos².

La nueva situación en la vida de Schiller tuvo una decisiva importancia porque propició una reorientación en su trayectoria intelectual. Después de concluir la *Historia de la guerra de los Treinta Años*, su último libro histórico, en septiembre de 1792, adelantó su regreso al teatro y la poesía. Pero antes quiso dedicarle un profundo estudio a Kant. Schiller deseaba fundamentar filosóficamente la renovada apuesta que hacía por el arte. El 1 de enero de 1792 escribe a su amigo Körner: «Ahora me dedico con gran celo a la filosofía kantiana [...] Es irrevocable mi decisión de no abandonarla [...] aunque necesite tres años para comprenderla. He sacado mucho para mí de esta obra y lo he transformado en mi propiedad»³.

En el verano de 1793, pocos meses después de la publicación de su primer ensayo estético (*Kallias o sobre la belleza*) apareció un segundo tratado filosófico, *Sobre la gracia y la dignidad*, donde Schiller desarrollaba unas observaciones críticas sobre la filosofía moral kantiana centradas en *La fundamentación de la metafísica de las costumbres* y en la *Crítica de la razón práctica*. Schiller recibió un gran estímulo cuando leyó la recensión que Kant había hecho de su libro, del cual quedó admirado y del que dijo que había sido escrito «con mano maestra»⁴. Este pequeño, aunque denso y bello tratado, centra el tema del presente artículo. A través de su concepto principal, la gracia (*Anmut*), Schiller elabora una original propuesta de contenido moral. Actualmente la obra filosófica de Schiller está muy desatendida; únicamente podemos encontrar un par de estudios publicados sobre ella en español, a pesar de su originalidad y de la importancia de la figura de Schiller. Mi intención es tratar de acercarme a algunas de estas ideas, planteando brevemente los problemas que envuelven e indicando adonde llevan.

¹ R. Safranski, *Schiller o la invención del idealismo alemán*, Tusquets, Barcelona, 2006, p. 340.

² J.P. Eckermann, *Conversaciones con Goethe*, Acantilado, Barcelona, 2005, p. 254.

³ R. Safranski, *op. cit.*, p. 343.

⁴ Tomo la cita de F. Schiller, *Sobre la gracia y la dignidad. Sobre poesía ingenua y poesía sentimental. Y una polémica: Kant, Schiller, Goethe, Hegel*, Icaria, Barcelona, 1985, p. 161.

Para hablarnos de la gracia Schiller comienza clasificando en dos tipos los movimientos o acciones humanas. El primero de ellos corresponde a los movimientos «voluntarios», que Schiller define como ese tipo de movimientos que la razón prescribe al cuerpo intencionadamente y con fines concretos. Por medio de la razón el ser humano calcula fríamente aquellos objetivos que pretende obtener del mundo sensible. Los movimientos voluntarios se acompañan, sin embargo, de un segundo tipo de movimientos, en este caso, «involuntarios», y que Schiller denomina como «simpáticos». Éstos tienen que ver con la expresión no verbal, con el lenguaje gestual. Las miradas, el movimiento de las manos, la forma de reír e incluso la expresión entera del cuerpo dicen mucho acerca de la persona y determinan de una manera especial la forma que tiene de emprender sus actos. Los únicos movimientos capaces, según Schiller, de manifestar la gracia son aquellos causados por un sentimiento, es decir, por un movimiento simpático. La gracia proviene, por tanto, de la involuntariedad de un afecto, de un sentimiento personal expresado con espontaneidad. Cuando notamos que los sentimientos de una persona se expresan de una manera forzada, sin ninguna naturalidad, observamos, dice Schiller, una «falsa gracia», en la medida en que la afectación ha sustituido aquí a la involuntariedad del movimiento simpático: «En cuanto notamos que la gracia es artificial, se nos cierra al punto el corazón y se retrae el alma que había salido con entusiasmo a su encuentro».

Schiller define la gracia como «la belleza de la forma bajo la influencia de la libertad». La gracia aportada por los sentimientos traslada su influjo desde la propia constitución de un carácter hasta los rasgos físicos de su cuerpo. A través de su sensibilidad el ser humano embellece su propia estructura, realza el esplendor de la naturaleza y le imprime sus propios sentimientos. Por medio de la capacidad expresiva humana contemplamos, piensa Schiller, el triunfo que la libertad obtiene sobre la naturaleza. La gracia, para Schiller, es el efecto sensible de un sentimiento moral. Por medio de la gracia se expresa, en lo fenoménico, la belleza de un sentimiento nacido con anterioridad a ella en el terreno inteligible de la moral. La gracia posee el carácter de «levedad», y «todo lo que es forzado es lo contrario de la levedad y de la gracia». Por medio de la gracia se reconcilian lo sensible y lo inteligible, o lo que es lo mismo, la naturaleza y la libertad.

Schiller piensa tres relaciones posibles entre la parte sensible y la parte racional humanas. Las dos primeras producen un desequilibrio entre las partes, pero la tercera, en cambio, produce la armonía del ser humano consigo mismo.

En la primera relación la parte racional somete a la parte sensible. La persona opone, mediante la afirmación de su carácter, una dura resistencia a los estímulos que provocan la naturaleza y el instinto. Este ejercicio de autocontrol, según Schiller, provoca una expresión forzada en los gestos, que no es favorable a la belleza ni, por tanto, a la gracia. A ojos de Schiller la ética kantiana, que tiene como fundamento el principio de «deber» (*Pflicht*), se mueve en esta dirección. Kant plantea en sus dos obras éticas principales (*Fundamentación de la metafísica de las costumbres* y *Crítica de la razón práctica*) la necesidad imperiosa de elaborar una metafísica de las costumbres, y muestra en ellas su total rechazo con respecto a todos los principios prácticos basados en la satisfacción de los sentidos. Según Kant, nuestra idea del



bien y del mal queda expuesta al vicio y a la corrupción de las pasiones mientras no halle un fundamento a priori en una filosofía moral libre de todo componente empírico. Algunos conceptos básicos de la ética kantiana como la idea de buena voluntad, de deber o de imperativo categórico muestran un dualismo irreconciliable entre el deber y la inclinación, entre la razón y la sensibilidad, que recorre toda su filosofía moral. El papel determinante que desempeña la contraposición deber/inclinación, razón/sensibilidad en las obras de Kant citadas es el blanco al que apuntan las objeciones de Schiller.

En la segunda relación sucede todo lo contrario, es decir, que la parte sensible se impone a la parte racional. El dominio que la persona ejercía sobre sí misma cede ante el impulso de la naturaleza. La expresión de la persona deja de ser el reflejo de su sentimiento moral, y «sólo la animalidad habla por sus ojos, húmedos y apagados, por su boca lascivamente entreabierta, por el temblor de los miembros, por todo su físico relajado». En esta segunda relación, el influjo con el que el carácter de la persona realizaba su propia figura, así como el sentimiento y la gracia que animaban sus actos, desaparece bajo el peso de la naturaleza.

Schiller define la belleza que se expresa a través de la gracia como auténtica «belleza de juego». Esta belleza no se da ni en la primera relación, donde se impone la razón, ni en la segunda, donde domina en solitario la naturaleza. La expresión adecuada de la «belleza de juego» depende, entonces, del influjo que la naturaleza recibe de la libertad, y de la armonización que se da entre la razón y la sensibilidad; entre el deber, dice Schiller, y la inclinación. Por medio de esta última relación se reconcilian interiormente las dos condiciones propias del ser humano. Schiller lo expresa del siguiente modo: «El hombre no sólo puede, sino que debe, enlazar el placer al deber; debe obedecer alegremente a su razón». La práctica de nuestra libertad racional debe procurar, al mismo tiempo, ser un «objeto de inclinación». Debemos, por tanto, cumplir con nuestro deber moral con gusto, queriéndolo. Bajo esta idea se resume la propuesta de Schiller. El ser humano reconcilia en sí mismo, mediante la expresividad de la gracia, de los sentimientos, la totalidad de su carácter, que es sensible y racional.

En su obra *Sobre la gracia y la dignidad* Schiller muestra su disconformidad con la excesiva rigurosidad con que a su juicio Kant expone su ética. En concreto Schiller no está de acuerdo con la dureza con que la idea de deber kantiana se impone sobre nuestra sensibilidad, ya que divide al ser humano en dos partes: en una parte racional y en una parte sensible. Schiller considera, en cambio, que la moralidad debe ser el efecto conjunto de toda la naturaleza del ser humano, y no sólo de una parte de ella. El deber y la inclinación pueden ir unidos en la misma determinación moral de una persona sin que por ello su dignidad se vea afectada. La máxima expresión de moralidad en el ser humano es para Schiller la gracia, que representa el efecto sensible de la reconciliación interna en el ser humano de su naturaleza inteligible y de su naturaleza sensible. En opinión de Ernst Tugendhat⁵,

⁵ Véase E. Tugendhat, *Lecciones de ética*, Gedisa, Barcelona, 1997, pp. 115-117.

la propuesta de Schiller supone un importante avance dentro de la propia filosofía moral kantiana. Para este filósofo, Schiller comparte con Kant la idea de que la moralidad debe fundarse en última instancia en el deber, pero se diferencia con respecto a él en el modo en que explica cómo esta idea se relaciona con nuestros sentimientos. Lo novedoso en Schiller, dice, está en que reivindica la aportación positiva de los sentimientos en la moral sin por ello obviar la idea de deber kantiana. Este comentario de Tugendhat determina en alguna medida la orientación de este artículo.

En un pasaje de su obra Schiller afirma que la ética de Kant ahuyenta a todas las gracias y que podría tentar a buscar la perfección moral por el camino de un tenebroso y monacal ascetismo. Schiller piensa que la razón no debe convertirse en una ley coactiva que despierta el miedo en nosotros al imponerse opresivamente sobre nuestra sensibilidad, sino que debe verse afirmada por la totalidad de nuestro carácter, como si sintiésemos en nuestro interior una natural predisposición a cumplir con su mandato. Por su parte, en una nota de la segunda edición de *La religión dentro de los límites de la mera razón* de 1794, Kant contesta a Schiller que sus posturas no están tan alejadas como parece, y que sólo hace falta llegar a un acuerdo en las cuestiones fundamentales. Kant piensa, al igual que Schiller, que la verdadera actitud virtuosa cumple con su deber con alegría, con gusto, y no como si se tratase de un penoso castigo. Sin embargo, añade en su respuesta un matiz cuya aclaración es clave para distinguir su planteamiento del de Schiller. Para Kant, ninguna inclinación sensible puede determinarnos a obrar moralmente, sino sólo la formalidad de la ley moral y el debido respeto hacia ella. Cuando hemos cumplido con nuestra obligación moral, dice Kant, nos estimamos más a nosotros mismos, por el mero hecho de haber antepuesto un interés puramente racional a un deseo de los sentidos, y eso nos motiva a seguir obrando bien, es decir, por deber. Kant considera el sentimiento de respeto como el único fundamento subjetivo posible de la voluntad. Esto lo trata detenidamente en el capítulo tercero: «De los móviles de la razón pura práctica» de la *Crítica de la razón práctica*. Este capítulo resulta especialmente interesante porque permite apreciar dentro de qué límites puede Kant atribuir un papel moral al sentimiento en su pensamiento ético. Durante toda la discusión que Kant y Schiller mantuvieron en ningún momento se trataron con desprecio, sino todo lo contrario, dado que cada uno sentía una profunda admiración por el otro. A pesar de que en repetidas ocasiones ambos manifestaron la posibilidad de alcanzar un punto de encuentro, sabían en el fondo que eso no era posible, porque las diferencias que había entre ellos eran importantes. Por un lado, Schiller discrepaba totalmente con respecto a la idea kantiana del deber, al igual que Kant no podía aceptar la intervención de la idea de gracia de Schiller en la ética. Por otro, también las antropologías que había detrás de estas posiciones éticas eran bastante diferentes.

Las ideas de Schiller sobre la gracia, el alma bella, etc., lo llevan a confrontar su punto de vista con el de Kant. Schiller dirige sus críticas al dualismo kantiano de naturaleza y libertad, de sensibilidad y razón, y a la rigidez formal del imperativo categórico. Según Kant, la moralidad exige que la disposición anímica de una persona se ajuste en todo momento a la ley moral. El deber, dice, «no contiene ninguna gracia en su representación, ni tampoco admite que ésta sea añadida para determi-



nar la acción»⁶. El ser humano debe reconocer en cualquier caso la objetividad de la ley que su propia razón le dicta, aunque para ello tenga que reprimir su parte sensible. Pese a que Schiller se considera kantiano y comparte con el «inmortal autor de la Crítica» algunos principios esenciales, reclama frente a Kant la reconciliación de sensibilidad y razón. La razón no debe convertirse en una ley imperativa, coactiva ni temible, sino que debe ir acompañada de nuestro querer, de nuestros sentimientos morales, de la totalidad de nuestro carácter. Cuando al fin se produce esta reconciliación el ser humano se convierte, dice Schiller, en un alma bella:

Un alma se llama bella cuando el sentido moral ha llegado a asegurarse a tal punto de todos los sentimientos del hombre, que puede abandonar sin temor la dirección de la voluntad al afecto y no corre nunca peligro de estar en contradicción con sus decisiones⁷.

Para Schiller, la moralidad tiene que ser el efecto de la humanidad entera en el ser humano: de su lado racional y de su lado sensible. El ser humano, dice Schiller, no debe separar lo que la naturaleza ha unido en él: el sentimiento y la razón. Ni siquiera en el ejercicio de la moral le está permitido fundar el triunfo de una parte del ser humano mediante la opresión de la otra parte. Schiller propone la imagen de un ser humano total, que desarrolla todas las dimensiones de la personalidad, recuperando el ideal griego de perfección, un ideal que Schiller contrapone al ser humano escindido de la modernidad.

Schiller considera posible la reconciliación de los sentimientos y la razón porque piensa que no todas las inclinaciones son malas o egoístas. Schiller sostiene contra Kant que hay sentimientos buenos y desinteresados, y que la moral debe aliarse con aquellas inclinaciones que puedan cooperar con la voluntad. La ley moral puede acompañarse de los afectos y no tiene que resultar, necesariamente, una ley extraña, que borra cualquier atisbo de sensibilidad de la expresión humana.

Resulta interesante señalar aquí que Kant se hace eco de estas observaciones críticas de Schiller, y que asume algunas de las propuestas del libro *Sobre la gracia y la dignidad*. Kant dirá en la *Metafísica de las costumbres* lo siguiente: «Cultivar el amor y el afecto recíprocos y así añadir las Gracias a la virtud: efectuarlo así es incluso un deber de virtud»⁸. Ágnes Heller, refiriéndose a la *Metafísica de las costumbres* de Kant, y en general a sus escritos de la década de 1790, dice: «Las Gracias de Schiller penetran en la ética de Kant y le dan la mano a la virtud»⁹. Ágnes Heller habla de una «segunda ética» de Kant que se caracteriza por una valoración más positiva del papel de los sentimientos en la moral y que estaría influida por las ideas de Schiller.

⁶ F. Schiller, *op. cit.*, p. 164.

⁷ *Ibidem*, p. 45.

⁸ Tomo la cita de A. Heller, «La «primera» y la «segunda» ética de Kant», de su libro *Crítica de la Ilustración*, Península, Barcelona, 1984, p. 88.

⁹ *Ibidem*, p. 93.

Por último quisiera indicar que si bien este artículo se limita al estudio de la ética de Schiller el pensamiento de éste está conformado por un conglomerado muy variado de temas: no sólo ética, sino también estética, filosofía de la historia, política, etc., los cuales exceden el propósito que me había fijado aquí y constituyen materia para otro artículo. La concepción de la ética que se deriva de la polémica de Schiller con Kant lo lleva a vincularla de una forma muy decisiva a la estética y a centrar la atención en la *Crítica del juicio*. En *Cartas sobre la educación estética del hombre*, Schiller afronta la cuestión de la ética en relación con la filosofía de la historia, la estética y la política entre otras cuestiones. Hay que decir que la fama de Schiller como poeta y dramaturgo es universal. Sin embargo, y aunque menos conocida, Schiller también tiene una obra filosófica. Schiller desarrolló a partir de una fructífera discusión intelectual con Kant, pero también con otros filósofos (como Rousseau o Fichte), un pensamiento propio, una teoría del arte, de la historia, etc. La repercusión de su pensamiento no sólo se remite a su época y a autores como Hegel o los románticos alemanes, sino que halla su continuidad en la teoría estética y en muchas reflexiones político-filosóficas actuales. Por ello considero que Schiller tiene un sitio indiscutible en la historia de la filosofía.

Recibido: agosto 2009. Aceptado: diciembre 2009

